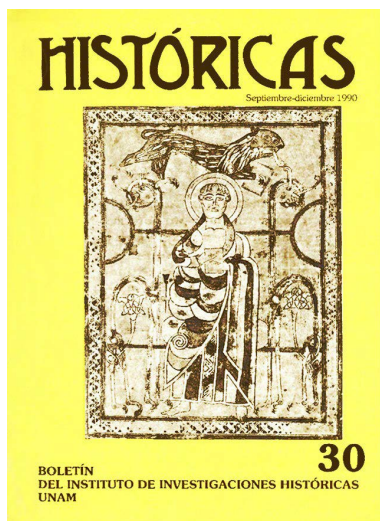




Artículo: Imágenes de Irlanda, 1170-1600. Los orígenes del imperialismo inglés

Autor(es): Gillingham, John

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 30

Año: 1990

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Gillingham, John . "Imágenes de Irlanda, 1170-1600. Los orígenes del imperialismo inglés" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 30 (1990): p. 16-28. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3762>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Imágenes de Irlanda, 1170-1600. Los orígenes del imperialismo inglés*

John Gillingham

Introducción

Después de la conversión al cristianismo del imperio romano a partir de Constantino (312)¹ se emprendió la evangelización de todo el imperio y el nuevo credo se convirtió en la religión del estado. Invasión el imperio por los bárbaros nórdicos, a la disolución política siguió una reconstrucción civilizadora y espiritual, religiosa, fundada en la conversión del paganismo primitivo de estas tribus y clanes a la nueva religión de Cristo, obrando los evangelizadores más que sobre la masa sobre los jefes y caudillos, los cuales, una vez convertidos, presionaban sobre las gens para la conversión de éstas. Germanos y celtas (galos o galeses) abandonaron sus creencias panteístas y aceptaron la nueva religión.

En la gran isla británica, la verde Erín de los romances y consejos, San Patricio no sólo evangelizó a los habitantes sino fundó una iglesia cristiano-céltica que brilló con luz propia durante siglos, y hasta la fecha, pese a las vicisitudes históricas, sigue siendo el sustento espiritual y nacionalista de los actuales irlandeses insulares y de los transterrados a los Estados Unidos, quienes se aferran a sus creencias católicas tradicionales y constituyen dentro del protestantismo múltiple y generalizado de Estados Unidos un bastión defensivo del catolicismo.

La Hibernia romana estaba formada por escotos (pueblo celtogadhelico) de religión pagana (druismo); eran rudos, pero no salvajes. El cristianismo se introdujo en Inglaterra (Britania) en el siglo IV bajo el papado de Celestino I, quien envió al diácono Paladio (430); posteriormente al evangelizador bretón Patricio, consagrado como obispo, el cual convirtió a toda Irlanda. Durante los siglos VI y VII la civilización

* *History today*, Londres, v. 37, febrero 1987. Traducido por Juan A. Ortega y Medina.

¹ En dicho año decretó el emperador la famosa paz, que lleva su nombre, en virtud de la cual fue reconocido el culto cristiano, que se generalizó por todo el imperio, a la par que la idolatría fue debilitándose hasta el punto de quedar limitada solamente a algunos patricios y a los habitantes de aldeas lejanas (*pagani*) a fines del siglo.

cristiana alcanzó en Irlanda un alto grado de florecimiento. La iglesia irlandesa difería algo de la continental (europea cristiana, bajo el mandato espiritual de la Roma pontificia) en la tonsura y en fechas distintas para ciertas celebraciones eclesíásticas; tal vez, asimismo, estaba contagiada levemente de pelagianismo, pero se mantenía obediente a la autoridad de Roma. En el 795 de nuestra era sufrieron los católicos irlandeses la invasión danesa y el subsecuente dominio danés, pero esto no debilitó su fidelidad cristiana.

En el año de 1155 el papa Adriano IV le otorgó en feudo al rey inglés Enrique II toda la isla, y el 11 de noviembre entraron las tropas inglesas en Dublín y proclamaron al rey inglés Señor de Irlanda. Se introdujo el feudalismo y quedó abolida la constitución irlandesa. Se intentó reformar por la fuerza los antiguos ritos y ceremonias e introducir la nueva liturgia. Era la primera vez en la historia de la cristianidad que se organizaba una cruel cruzada de nuevos cristianos contra viejos cristianos, a manera de justificación o de encubrimiento espiritual para las ambiciones e intereses mancomunados de Roma y de Londres.

Por considerarlo interesante hemos traducido el texto inglés que se refiere a la conquista de Irlanda y a los argumentos capciosos justificadores de la misma. Por desgracia no hubo allí ningún fray Montesinos ni padres Las Casas y Victoria condenadores de la violencia y el genocidio.

Juan A. Ortega y Medina

Implícita en el imperialismo del inglés se halla esa actitud mental que llevó a Lord Rosebery a declarar, en 1893, que era "responsabilidad nuestra ver que el mundo se hiciese tan anglosajón como fuera posible". Implícita es, asimismo, toda una serie de actividades en consonancia justamente con esa actitud; en particular, la expansión territorial justificada mediante la asunción de la superioridad cultural y moral sobre aquellos pueblos cuyas tierras fueron invadidas y conquistadas.

Hubo un tiempo en que se pensó, tal el caso del historiador J. R. Seely (*The Expansion of England*, 1833), que los proyectos de conquista y colonización en Norteamérica se planearon y comenzaron a realizarse durante los periodos históricos isabelino y estuardense. Pero en los últimos años transcurridos, historiadores como D. B. Quinn, A. L. Rowse y Nicholas Canny han intentado argumentar que los ingleses que proyectaron ir a América fueron hombres cuyas recientes experiencias propias se realizaron en Irlanda entre 1560 y 1570 —hombres como Humphrey Gilbert, Sir Richard Grenville y Ralph Lane— y que fue el intento de la reina Isabel de conquistar y colonizar Irlanda el que sirvió de modelo para subsecuentes aventuras atlánticas. En efecto, el programático subtítulo de Canny, *The Elizabethan Conquest of Ireland* (1976) constituye un modelo ya establecido.

Según A. L. Rowse, *The Expansion of Elizabethan England* (1955), la nueva eficiencia del estado renacentista condujo a un expansionismo en las áreas atrasadas de las fronteras célticas, primeramente, y después, allende

el océano, al Nuevo Mundo. En América, así se razona, tuvieron los ingleses que resolver problemas semejantes a los que habían confrontado en Irlanda. Su respuesta consistió en adoptar actitudes similares y soluciones iguales. Comenzaron en ambos lugares por reclamar que ellos tenían como misión civilizar a los nativos; pero pronto abandonaron la empresa y comenzaron a mover una salvaje guerra contra ellos. A la par de esta explicación, otros *scholars* han sostenido que el dominio inglés en Irlanda debería ser considerado no meramente como un primer paso hacia un imperio mundial más extenso, sino en sí mismo como un buen ejemplo del imperialismo inglés en funciones y operando durante un larguísimo periodo de tiempo. Ésta es la tesis de Michael Hechter en *Internal Colonialism* (1975). También para él esto es un suceso que comienza en el siglo XVI. En otras palabras, con la última generación el foco geográfico del asunto ha cambiado, pero su cronología no. El imperialismo inglés comienza entonces en Irlanda, pero aún se piensa que comenzó durante los siglos XVI y XVII, siglos que son convencionalmente considerados como los que marcan el inicio del mundo moderno.

Observar a los ingleses en Irlanda tiene de suyo bastante sentido. Fue una experiencia histórica que ayudó a configurar y endurecer actitudes. Pero aquellos que apuntan al blanco de la centuria décimosexta y la consideran como el comienzo de todo el proceso, se encuentran justamente un poco alejados del blanco, o dicho sea rudamente, se hallan alejados del blanco 400 años. La experiencia formativa no fue la política patrocinada por isabelinos en el año de 1560, sino la activa política promovida por Enrique II en fecha tan temprana como el año de 1170. Esto es crucialmente importante porque significa que semejantes actitudes imperiales están mucho más profundamente fijadas de lo que la gente percibe o cree. No fue precisamente en la era moderna en la que los ingleses decidieron que los irlandeses eran salvajes y deberían anglicizarse o ser exterminados: así habíanlo pensado hacía muchos siglos. Que esta verdad haya sido hasta ahora insuficientemente comprendida es muy por extenso la falta de los propios medievalistas, y la no menor en que incurren con su engañoso y erróneo hábito de calificar el ataque a Irlanda en el siglo XII como "la invasión normanda", cuando debería ser llamado, sin duda alguna, "la invasión inglesa".

El escritor que hizo más que cualquier otro para establecer el punto de vista general de los ingleses sobre Irlanda fue Geraldo de Gales (1146-1223). En 1186-87, durante una visita a Irlanda (formando parte del séquito del Príncipe Juan), escribió *The Topographie of Ireland*. En 1189 continuó este trabajo escribiendo *The Conquest of Ireland*. Ambos trabajos fueron populares a lo largo de la Edad Media, e incluso durante los siglos XVI y XVII se hicieron impresiones en el latín original y hasta en traducciones al inglés. En esencia, todo lo que en el siglo XVI creyeron los ingleses acerca de Irlanda



puede ya encontrarse en las obras de Geraldo de Gales. Los ingleses del siglo XVI pensaron que Irlanda era un país potencialmente rico, habitado por nómadas pastores, hombres que estaban económicamente retrasados por ninguna otra razón que su indolencia. Así es precisamente como Geraldo los describe:

Utilizan mayormente sus campos como dehesas para sus ganados. Poco es cultivado e incluso menos sembrado. El problema aquí no es la calidad del suelo, sino más bien la falta de industria en aquellos que podrían cultivarlo. Esta pereza significa que las diferentes clases de minerales que ocultan las venas de la tierra, las cuales están plenas de ellos, no son trabajadas ni en modo alguno explotadas. No se dedican a la manufactura de lino o de lana, ni practican ningún arte mercantil o mecánico. Estas gentes, realmente bárbaras, se dedican únicamente a la ociosidad y a la pereza. Dependen para su alimentación de los animales y viven como animales.

Alusiones breves al estado de Irlanda hechas por otros escritores del siglo XII, tales como Guillermo de Malmesbury y Guillermo de Newburgh manifiestan claramente que Geraldo estaba tan sólo haciendo explícito un punto de vista convencional sobre la economía irlandesa.

Los ingleses de la centuria décimosexta pensaban que los irlandeses se veían y vestían como bárbaros. Así lo pensó, naturalmente, Geraldo de Gales: "Juzgados desde el punto de vista de las ideas modernas", escribió, "son hombres sin cultura, así en su atuendo como en su apariencia. Sus trajes son primitivos —usan una prenda de vestir que es una mezcla de calzón y calzado— y su cabello y barba sueltos son bárbaros". (Incidentalmente critica también a los irlandeses por no bañar con frecuencia a sus hijos.)

Empero, fue en la esfera de las costumbres maritales y sexuales donde los ingleses hallaron las pautas más repugnantes. Enfrentados a las leyes galas respecto al matrimonio y al divorcio, que eran muy diferentes de las suyas, respondieron con una desconcertante condenación de la inmoralidad irlandesa. "Seguramente", escribió Sir Henry Sidney (Lord Diputado de Irlanda, 1565-71 y 1575-78), "nunca hubo pueblo de mentes peores porque el matrimonio entre ellos no es más considerado que una conjunción entre bestias irracionales." En las palabras de Edmund Tremayne, secretario de Sidney, "son idólatras, no acostumbran casarse, roban y cometen todo tipo de abominaciones sin experimentar escrúpulos de conciencia". Compárese esto con lo que expresa Geraldo. "Éste es un pueblo sucio que se revuelca en el vicio. Practican gustosamente el incesto, por ejemplo, casándose —o más bien pervirtiéndose— con la esposa del hermano fallecido." El cronista Roger de Howden se refiere repetidas veces a la práctica irlandesa de la poligamia y el incesto. El arzobispo Anselmo de Canterbury acusaba a los irlandeses de canjear a sus esposas, "haciéndolo con la misma libertad con que otros hombres cambian sus caballos".



Las sorprendentes diferencias entre la ley familiar irlandesa y la práctica convencional en el resto de la Europa cristiana los llevó a dudar si los irlandeses eran verdaderamente cristianos. De acuerdo con Tremayne ellos “no eran papistas ni protestantes, sino más bien gente que no guardaba en su corazón ni el temor ni el amor a Dios”. Un criterio semejante fue sustentado por Edmundo Spenser en *A View of the Present State of Ireland* (1596). “Son todos ellos papistas de profesión, pero tan ciega y brutalmente informados al mismo tiempo que antes bien se pensaría que son ateístas o infieles”. Independientemente de la complicación protestante-papista, esto es justamente lo que Geraldo había dicho. “A pesar del hecho de que la fe ha sido establecida aquí desde el tiempo de Patrick, el pueblo todavía permanece ignorante de sus rudimentos básicos.” El dogmático y terco conformador de la opinión europea que fue Bernardo de Clairvaux compendió todo aquel cúmulo de ideas cuando describió a los irlandeses como pueblo “sin vergüenza en sus costumbres, incivilizados en su comportamiento, impíos en religión, bárbaros en sus leyes, rebeldes en lo referente a la instrucción, locos en sus vidas: cristianos de nombre, de hecho paganos”.

Lo que aquí tenemos, así en el siglo XII como en el XVI, es una ideología de conquista. Dado que los irlandeses eran bárbaros, de ello se colegía que podían ser legítimamente despojados. Tal solución se muestra explícita en la bula *Laudabiliter* (1155) en virtud de la cual el papa Adriano IV confería a Enrique II el dominio de Irlanda “a fin de que las impuras costumbres de ese país sean abolidas y las bárbaras naciones, cristianas sólo de nombre, puedan mediante vuestra solicitud asumir la belleza de los bienes morales”. Otra función de la ideología de conquista en el siglo

XVI fue, como ha sido sugerido, dispensar a los ingleses invasores de todas las restricciones éticas normales. Si los pseudocristianos nativos resistían a los verdaderos cristianos invasores, estos últimos estaban por completo autorizados a desencadenar una feroz guerra contra aquéllos, olvidando las convenciones usuales de la guerra. De esta suerte, el panfletario Tomás Churchyard describió el método de dominación practicado por Humphrey Gilbert:

Las cabezas de todos aquellos que habían sido muertos en aquellos días fueron cercenadas de los cuerpos y traídas al lugar donde él acampaba en la noche, y fueron colocadas en el suelo a cada lado del camino que conducía a su propia tienda, de suerte que nadie que se allegare a ella por cualquier motivo podría hacerlo salvo a lo largo de una calle de cabezas.

Como el lord diputado Fitzwilliam alegó en 1572 "...la ley que se les ha traído resultó ineficaz hasta que la espada no los domó completa y totalmente". Se ha reivindicado que Fitzwilliam hablaba "por los jóvenes agresivos que habían sido influidos por las ideas del Renacimiento"; pero, en realidad, no había allí nada de nuevo, ni en la idea ni en la práctica. Durante el siglo XIII el gobierno inglés puso regularmente precio por cada cabeza de rebelde irlandés. En 1305 Piers Bermingham envió treinta cabezas del clan O'Connor a Dublín y fue recompensado con 100 libras. En una balada inglesa se le felicita por esta hazaña:

Fue enemigo de los irlandeses
Cabalgó por doquier
Con esfuerzo para cazarlos
Como perro que persigue a la liebre.

No es, por lo tanto, sorprendente en extremo encontrar en un alegato irlandés de 1317, que el inglés predicara que no era más pecado matar a un irlandés que dar muerte a un perro.

También se ha alegado que para el siglo XVI:

Podemos afirmar con certeza que el antiguo criterio que consideraba al irlandés como un ente socialmente inferior al inglés fue reemplazado por la idea de que era antropológicamente inferior y se encontraba bastante detrás de este último en la escala del desarrollo. El mundo antiguo había carecido de sentido histórico y, por lo mismo, de un concepto de proceso social y evolución; pero el horizonte del articulado ciudadano de la Inglaterra del siglo XVI, ensanchado a la vez intelectual y geográficamente, poco a poco corroyó la idea tradicional de un mundo estático.

El mito del Renacimiento nos sacude de nuevo. Geraldo apunta que:

Los irlandeses no han progresado por cierto y se hallan estancados en sus primitivas costumbres y hábitos pastoriles. Porque mientras que el género humano progresa habitualmente de los bosques a los campos cultivados y después a asentamientos y comunidades de ciudadanos, esta gente desprecia trabajar la tierra, hace poco uso del dinero y de la manera de enriquecerse en las ciudades, y condena los derechos y privilegios de la vida civil.

Como el biógrafo de Geraldo de Gales observó: "Los conceptos que se encuentran tras este pasaje —la escala evolutiva de las variedades humanas y la continuación de supervivencias primitivas— no estaban fuera de lugar en el pensamiento antropológico del siglo XIX." Y esta suerte de ideas fueron tomadas como garantías por escritores como Guillermo de Newburgh, el cual observó que la estructura política de la contemporánea Irlanda (siglo XII), era muy semejante a la medieval de la Inglaterra anglosajona.

De acuerdo con esto, el hombre inglés de la centuria décimosegunda poseía, sin duda, un claro sentido de pertenecer a una sociedad más avanzada. En algunos aspectos, por ejemplo en lo referido a tecnología guerrera, los ingleses estaban indudablemente más adelantados. En las condiciones de vida de los irlandeses, la posesión por parte de los británicos de una caballería pesada era tal vez una dudosa ventaja; pero había otros medios que les daban una clara superioridad militar. Con el arco y con la ballesta poseían armas arrojadas superiores a cualesquiera de las empleadas por los irlandeses. De esta suerte, los arqueros que iban a la guerra a lomos de caballo y desmontaban para pelear fueron de valor inestimable para los invasores. Por lo demás, ellos podían construir castillos roqueros y vestir armaduras efectivas en el cuerpo. Por ello, un poeta irlandés, lamentando en verso, en 1260, la muerte de Brian O'Neill en combate escribió:

Se empeñaron en desigual batalla
Los extranjeros y el Gael de Tara
Finas camisas de lino lleva el pueblo de Conn
Y los extranjeros son una masa de hierro.

No sólo era Inglaterra una sociedad más rica, sino que también estaba organizada para facilitar a sus gobernantes la explotación plena de los recursos. Además, como había observado Guillermo de Newburgh, Irlanda se encontraba aún en un estado de aguda fragmentación política. Inglaterra estaba unificada desde el siglo décimo y el rey inglés podía, en derecho, reunir fuerzas masivas e irresistibles en su apoyo. El ejército de invasión de Enrique II en 1171 era, para las normas de aquel tiempo y lugar, en verdad abrumadoramente grande, los combatientes sumaban más de 500 caballeros y 3 o 4 mil arqueros, pero es el respaldo logístico lo más impresionante. La máquina real se puso en movimiento y pocas ciudades y condados ingleses

escaparon a la red administrativa. La ciudad de Gloucester, por ejemplo, fue requerida para enviar 1,000 palas y 60,000 clavos, en tanto que la comarca hubo de proporcionar 2,000 picos y 1,000 palas. Enormes cantidades de grano, alubias, queso, tocino y otros alimentos fueron enviados de una parte a otra, incluyendo —dado que el rey pretendía continuar con su estilo de vida acostumbrado— no menos que 569 libras de almendras. En adición a esto, fue ordenada la cantidad de 1,000 libras de cera para sellar. Evidentemente, nada iba a interrumpir la maquinaria burocrática del estado inglés del siglo XII. Para transportar todo esto se necesitó una armada de no menos de 400 naves.

Empero, si Enrique II pudo montar una expedición a tal escala y obligar a los jefes irlandeses a someterse rápidamente ¿cómo fue que los reyes ingleses medievales fracasaron en completar la conquista de Irlanda? A causa, en parte, de que Irlanda era difícil de conquistar. La fragmentación política significaba que no había una autoridad central a la que los invasores pudieran atrapar. Cada región tenía que ser conquistada por separado y en un terreno quebrado, pantanoso y cubierto de montañas esto no resultaba una fácil tarea. Pero la razón principal es que los ingleses no se emplearon con gran rigor. Sólo rara vez el gobierno inglés se interesaba en Irlanda. Normalmente era la quinta empresa en su orden de prioridades, tras los asuntos domésticos, Francia, Escocia y Gales. Después de la invasión de Enrique II en 1171 y la expedición de Juan en 1210, ningún otro rey visitó Irlanda hasta Ricardo II, que lo hizo en 1394, y no se registra ninguna visita más entre 1399 y 1690. Ningún hijo de rey visitó Irlanda entre 1185 y 1361, y ningún otro después.

Pero señalar simplemente el desinterés real es supersimplificar una historia más complicada e interesante. A fines de la centuria doce y durante la trece hubo un considerabilísimo movimiento de pobladores ingleses a Irlanda y, hablando francamente, a lo largo de este periodo podemos observar una constante expansión del control inglés mediante la fundación de castillos y ciudades, la creación de condados y la introducción total de la panoplia administrativa inglesa: alguaciles mayores, jueces, jueces de paz, confiscadores y jueces distritales. Hacia el año 1300, quizás, algo así como dos tercios de Irlanda estaban bajo la administración inglesa y el señorío ejercido producía un razonable monto de ingresos a la corona inglesa. Entre 1278 y 1299 el ingreso neto proveniente de Irlanda, sin considerar los gastos locales, promediaba 6,000 libras anuales, equivalente *grosso modo* al 15 por ciento del ingreso total de la corona. Por estas fechas, Eduardo I intentaba además completar la conquista inglesa de Bretaña y empleaba los recursos irlandeses en la empresa. Irlanda contribuyó con unas 30,000 libras en los gastos para la construcción del círculo de grandes castillos con los que Eduardo I rodeó Snowdonia y durante sus guerras galesas hubo una regular corriente de abastecimientos embarcados en los puertos irlandeses para avituallar a los castillos y abastecer a los ejércitos. Después volvió el rey su

atención a Escocia y en 1296, 1301 y 1303 tres grandes expediciones salieron de Irlanda hacia Escocia.

Durante algún tiempo la tesorería irlandesa fue responsable en buena medida del avituallamiento del teatro occidental de la guerra ubicado en Carlisle. Pero el pueblo escocés siempre fue una piedra en el camino y, con la ascensión al trono de Eduardo II, la corriente de la guerra comenzó a presionar en opuesta dirección. En 1315 Roberto Bruce alcanzó su gran victoria en Bannockburn (1314) mediante el envío de su hermano Eduardo con un ejército para conquistar Irlanda. En efecto, en 1316 Eduardo Bruce fue coronado rey de Irlanda. Si el plan hubiese tenido éxito habría privado a los ingleses de los recursos irlandeses poniendo tales ingresos a disposición de los escoceses. Ciertamente, Eduardo Bruce podría haber llegado a ser rey a la vez en Escocia e Irlanda, puesto que hasta esta fecha Roberto no tenía hijos, y decidió, en abril de 1315, hacer a su hermano heredero del trono escocés. En Irlanda los Bruce consideraron a los irlandeses nativos como soporte contra los ingleses, apelando a su "linaje nacional común", a su "común lenguaje" y a su "derecho común". Puesto que en estos años esperaban también ayuda de los galeses, había en perspectiva algo así como una alianza pancéltica contra los ingleses. De todos modos, desde mayo de 1313 hasta la muerte en combate de Eduardo Bruce, en octubre de 1318, hubo un ejército escocés en actividad en Irlanda, que era una amenaza real





para la presencia de Inglaterra en la verde Erín. La futura forma política de todas las islas británicas estaba en juego.

Aunque por último Eduardo Bruce fue derrotado y muerto, estos años marcan un cambio decisivo. Desde este momento la independencia escocesa quedó asegurada y a partir de entonces una resurgencia irlandesa significaba que el dominio inglés llegaba a ser más y más limitado. En los siglos XIV y XV la corriente de tejos de oro y plata a través del mar de Irlanda cambió de dirección y el país drenó los recursos ingleses. Hacia finales de la centuria décimoquinta no había una eficiente autoridad gubernamental más allá de los límites.

A despecho de estos impedimentos, la actitud de los ingleses hacia los irlandeses permaneció sin cambio. Continuaron mirándolos como brutos y salvajes bárbaros. Los ingleses siguieron manteniendo un sentido bien desarrollado de su propia superioridad. Como (hacia 1500) escribió el embajador veneciano: "los ingleses son los mayores enamorados de sí mismos y de todo lo inglés. Piensan que no existen otros hombres dignos de consideración ni tampoco otra parte del mundo como la que ellos poseen". No es, por consiguiente, sorprendente que sus vecinos resientan esto. En la década de 1440 un escocés escribió: "La tiranía y crueldad de los ingleses son notorias en todas partes, como se muestra expresamente en sus usurpaciones a costa de los franceses, escoceses, galeses, irlandeses y gentes de otras tierras cercanas." Esta percepción de sí mismos fue en parte sostenida por su ciclo de éxitos frente a los franceses en la Guerra de los Cien Años. En 1390 el concejo de la ciudad de Danzig alegó que los ingleses deberían ser mantenidos fuera de las aguas del Báltico: "Si ellos lograsen poner un

pie en Prusia se quedarían con ella, como lo han hecho en la Gascuña de los franceses." Pero aunque contra los franceses los ingleses podían adoptar un talante orgulloso y agresivo, éste no era una actitud imperialista; no había de hecho un profundo desdén hacia Francia y los franceses. Cuando Enrique V conquistó Normandía fundó una universidad en Caen, que fue establecida para educar a estudiantes normandos. Pero ningún gobernante medieval inglés de Irlanda pensó nunca fundar una universidad para irlandeses: ellos eran salvajes. Las actitudes imperialistas fueron reservadas para los habitantes situados en los bordes de la "civilización" europea y más allá —"más allá de los límites".

En esencia la historia de los ingleses en Irlanda comienza con un periodo de expansión imperialista durante los siglos XII y XIII. Esta situación nos sugiere que lo que estaba ocurriendo en Bretaña era parte de un movimiento europeo más vasto: hacia el este, el germano *Drang nach Osten*, alimentado por una visión alemana de los eslavos como bárbaros, y en la región mediterránea los cruzados combatiendo a los infieles. Durante estos mismos siglos hubo una expansión comercial, especialmente del comercio italiano, hacia el Mediterráneo oriental, hacia el Mar Negro y después hacia Asia. Junto con los comerciantes iban los misioneros, predicando la doctrina cristiana y fundando iglesias, inclusive en lugares tan alejados como Pekín. En 1291 los hermanos de Vivaldi partieron de Génova en busca de una ruta marítima para llegar a la India. Este periodo de expansión europea fue asimismo de profundo desenvolvimiento intelectual y cultural —el llamado renacimiento del siglo XII. Las escuelas polifiraron y fue fundado el sistema europeo de universidades. Un mejoramiento general de la educación y alfabetización fue concertado con un conocimiento más amplio de la literatura clásica, que incluía en ella el concepto de bárbaro.

Fue también un periodo en que un programa radical de reforma en la iglesia —la reforma gregoriana— se impuso por casi todas partes de la cristiandad latina. Esto representó una aceptación general de nuevas normas que regían por igual la vida familiar de sacerdotes y laicos. Pero en Irlanda esto no llegó a ser decisivamente importante, el movimiento de reforma progresó poco. En los días previos a la reforma, la iglesia inglesa había mostrado una vigorosa estima por las realizaciones intelectuales y espirituales de la iglesia irlandesa. La visión de Beda sobre la Irlanda era claramente positiva y sus obras seguían siendo ampliamente leídas. Los días festivos dedicados a Patricio y Brígida se celebraban en todos los monasterios ingleses. Pero cuando los irlandeses resistieron, lo cual no hicieron los ingleses y escoceses, la presión para aceptar las nuevas normas en la iglesia y en la sociedad, fueron enjuiciados y considerados de poca calidad por hombres que estaban todos completamente seguros de su propia rectitud moral y dispuestos a condenar los valores de los que ellos ya no participaban. De esta suerte, por permanecer los irlandeses fieles a su antiguo sistema de

vida, llegaron a ser mirados como salvajes inmorales. La "isla de los santos" se transformó en la "isla de los bárbaros". Esto explica que las opiniones de Geraldo de Gales sobre Irlanda llegaran a ser extraordinariamente influyentes, no porque estuviera diciendo algo completamente nuevo, sino porque él estaba otorgando precisión y profundidad a prejuicios que ya estaban en proceso de formación, y además porque él lo realizó así durante la etapa temprana de un prolongado periodo de contactos militares y políticos entre Inglaterra e Irlanda. En el siglo XII los galeses sufrieron el mismo aciago destino de los irlandeses, y esencialmente por la misma razón; pero la historia de Gales, muy diferente de la de Irlanda, significa que al fin y al cabo Gales se salvó. En la baja Edad Media los galeses, de modo distinto que los irlandeses, tuvieron la "buena fortuna" de anglicizarse gradualmente y de llegar así a ser considerados menos bárbaros.

Después de la expansión de los siglos XII y XIII se presentó, en los siglos XIV y XV, una pérdida de ímpetu, debida probablemente a la general y masiva declinación de la población en Europa después de la peste negra. A despecho de esta baja del ímpetu inicial, el historiador Verlinden ha argumentado que en términos de técnicas de expansión colonial existe una nítida línea de continuidad que enlaza la expansión marítima italiana de los siglos XII y XIII con la expansión mediterránea dirigida hacia el Atlántico en el siglo XV. Del mismo modo hay también una clara línea de continuidad que conecta la expansión inglesa en Irlanda de las centurias doce y trece con la posterior conquista de la isla durante los siglos XVI y XVII: encontramos las mismas técnicas, incluso la de fundar ciudades y establecer colonias de pobladores y la misma actitud de civilizado desprecio por la generación menos degradada carente de ley. Por consiguiente si buscamos el origen del imperialismo inglés deberíamos mirar a Irlanda y a los siglos XII y XIII.

Lecturas ulteriores

La mejor introducción al pensamiento político de Geraldo de Gales es la obra de Robert Bartlett, *Gerald of Wales, 1146-1223* (Oxford University Press, 1982). Algunas de las obras de Geraldo son asequibles en traducciones al inglés en Penguin Classics, particularmente *The Topography of Ireland*, en versión de J. J. O'Meara (Harmondsworth, 1982). También son útiles sus dos trabajos sobre Gales como instrumentos de comparación: *The Journey Through Wales* y *The Description of Wales*, en un volumen, traducidos por L. Thorpe (Harmondsworth, 1978). Sobre los ingleses en Irlanda véanse A.J. Otway-Ruthven, *A History of Medieval Ireland* (Ernest Benn, 2a. ed., 1980); J. F. Lydon, *The Lordship of Ireland in the Middle Ages* (Gill and Macmillan, 1972); James Lydon, ed., *The English in Medieval Ireland* (Royal Irish Academy, 1984) y Robin Frame, *Colonial Ireland 1169-1639* (Dublín, 1981).